



Ramón Peralta y Fabi

“El exilio español y la ciencia mexicana”

p. 11-18

*Nostris magistris hispanis ex exilio provenientiibus  
Homenaje a 70 años de la Guerra Civil Española*

Alicia Mayer (coordinación y presentación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2007

110 p.

(Serie Divulgación 8)

Figuras

ISBN 978-970-32-4996-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/481/nostris\\_magistris.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/481/nostris_magistris.html)

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

PRIMERA PARTE

EL EXILIO EN LA UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## EL EXILIO ESPAÑOL Y LA CIENCIA MEXICANA

RAMÓN PERALTA Y FABI

Facultad de Ciencias, UNAM

México es la suma de varias culturas, las que antes del siglo XVI habitaban el territorio actual, y la española. Las primeras, a las que colectivamente llamamos precolombinas, eran disímbolas en lengua, cosmovisión, espacios y tiempo, pero compartieron la dominación de la última por cerca de trescientos años.

Con la Independencia, se inició el proceso de buscar una identidad que seguimos construyendo. Así, pasamos por las difíciles etapas de inventar una República, misma que no acabamos de delinear lo suficiente como para apreciar el camino de su consolidación cabal.

En el siglo XIX brilla el proceso que culmina con las Leyes de la Reforma, separándose la Iglesia del Estado; el ocaso del siglo termina con el Porfiriato, crisol que gesta la Revolución Mexicana.

En la entramada lucha por darle paulatinamente sentido a una nación moderna, todavía injusta e inequitativa, casi en la mitad del siglo XX, nuestra nación volvió a hacer contacto con una parte de sí misma; con la España que quería su propia república, con la que perdía y con la que quería salvaguardar su visión del mundo, sus letras, sus pensamientos, su cultura; la que buscaba sobrevivir.

Hace setenta años, se inició en España una guerra fratricida y México volvió a alimentarse de una parte de su sangre. Abrió sus puertas y se convirtió en un “país de asilo”, como lo llamara en un impecable ensayo el rector de la UNAM, Juan Ramón de la Fuente, hace unos meses. El asilo es, y lo cito nuevamente, “uno de los actos más profundamente humanos y más justos, porque concibe a cada mujer y a cada hombre como lo que es en realidad: un ser único,

irrepetible, irremplazable, cuya existencia individual es trascendente para la humanidad entera”.

Cuando el exilio no se ha sufrido en carne propia, uno se ve obligado de manera natural a imaginarlo. Se puede leer sobre el tema y escuchar a quienes lo padecieron. La dolorosa experiencia es íntima y completamente personal; en nuestra lastimada Iberoamérica, no es un fenómeno social ajeno, ni lejano.

Todos los días hay grupos de personas que dejan la tierra que los vio nacer, o que los adoptó, para evitar ser víctimas de la opresión, la prisión o la muerte. A veces, no las menos, es para buscar un cielo más abierto que ofrezca esperanzas de una vida mejor. Así, todos los días, durante décadas, nuestros compatriotas han emigrado al país del norte, convertidos en intrusos tolerados, a pesar de ser una fuerza de trabajo indispensable y noble.

El fenómeno de la migración es rara vez de naturaleza voluntaria; comprende los matices que van desde el exilio individual forzado por las autoridades, como fuera el de Dante o el de los criminales en los siglos XVIII y XIX, al extremo de grupos étnicos completos, como recientemente se viera en África y en los Balcanes.

En el caso de la Guerra Civil Española, quienes finalmente llegaron a México, de formas y por caminos diversos, lo hicieron con la convicción de que volverían a su tierra al cabo de unos años. Como lo cantaron varios de los poetas del exilio, los recuerdos y la idealización de lo que fue y lo que había sido se amalgamaba con la esperanza que ofrecía una nueva tierra y otro horizonte. Y detrás, por años, la lucha silenciosa entre, por una parte, mantenerse aislado para no traicionar la meta del regreso, y, por la otra, la necesidad de pertenencia, de integrarse, y la aceptación de un orden diferente, de prójimos con una idiosincrasia peculiar, tan nuestra.

Quienes así llegaron, tal vez más de 25 000, fueron una muestra representativa de la sociedad española; en esa época, de lo mejor. Trabajadores con las más diversas experiencias y habilidades, y casi todos con las mismas convicciones. Entre ellos estaban los intelectuales, los de las palabras y los de las artes plásticas, los de las ciencias sociales y los de las humanidades, los de las ciencias naturales. Como dijera la señora embajadora de España en México el pasado

mes de marzo del 2006, éste fue “el giro positivo de una amarga experiencia”.

El presidente Lázaro Cárdenas, quien en este país tiene un sitio especial en la historia, había fundado el Instituto Politécnico Nacional cuando se iniciaba la Guerra Civil. Dos años más tarde, al llegar los primeros exiliados, invitados por el gobierno mexicano, fue natural que la parte afín se incorporara principalmente a esta institución. Otra parte se incorporaría a La Casa de España en México, que poco después se convertiría en El Colegio de México. Los nombres de Gustavo Baz, Daniel Cosío Villegas y Alfonso Reyes están cercanamente vinculados a esta generosa etapa de nuestra sociedad.

Al final de los treinta, la ciencia en México iniciaba su etapa de desarrollo, dispar y heterogénea. Mientras la medicina y la química ya tenían una tradición digna, aunque incipiente, en otras áreas, como la biología, la física y las matemáticas, estaban incorporándose los primeros especialistas que se formaban; las distintas instituciones de educación superior reflejaban las mismas disparidades. En las ingenierías ocurría una situación semejante.

En cierto sentido, no sorprende que la formación en ciencias naturales de quienes llegaron de España, en la década del 39 al 49, tuviera una composición parecida. Así, arribaron distinguidos médicos, químicos e ingenieros que dejaron una profunda huella en cada una de sus disciplinas. En el caso de los biólogos, físicos y matemáticos, es en la siguiente generación que se manifestó el efecto del exilio.

A diferencia de las humanidades y las ciencias sociales, en las que los actores conviven a través del tiempo, y lo mismo dialogan, aunque disientan, Kant con Leibnitz o Heidegger con Marx, en las ciencias naturales poco tendrían que intercambiar Linneo con Darwin o Heisenberg con Maxwell. Las nociones de átomo de los especialistas del siglo XIX, y las que hoy en día maneja un estudiante de posgrado en química o en física, sólo comparten algunas palabras y posiblemente ninguno de los conceptos.

Así, los filósofos y los sociólogos, los artistas y los poetas, por ejemplo, tenían en España una prestigiada reputación, y seguían desarrollándose diversas escuelas de pensamiento, de estilo o de vanguardia. La preparación que poseían vino a enriquecer y a su-

marse con lo que aquí ya florecía, complementándose o potenciándose de una manera excepcional.

La ciencia en España, en cambio, se movía en la periferia de lo que ocurría en los principales centros de investigación de Europa. Salvo por las extraordinarias obras de personajes como Santiago Ramón y Cajal, los últimos adelantos o descubrimientos científicos sólo empezaban a llegar a la República cuando se inició su destrucción. En la segunda década del siglo XX se había creado la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, que enviaba al extranjero a jóvenes prometedores y hacía una importante labor de promoción del quehacer científico. Cuando comenzaban a volver, ya formados, y se integraban a los primeros centros de investigación, se disolvió el esfuerzo de crear conocimiento y de apoyar a las personas que podían hacerlo, y se perdió por treinta años la posibilidad de rescatarlo. En consecuencia, no llegaron a consolidarse escuelas de física ni de matemáticas, pero quienes se exiliaron llegaron con una visión y una cultura que miraba a un mundo moderno y cambiante. De manera natural inculcaron en sus hijos una disposición hacia estas disciplinas, que también en México empezaban a crecer.

La Facultad de Ciencias de la UNAM fue creada en el año de 1939, con las carreras de biología, física y matemáticas. Ningún miembro del exilio participó en ella hasta la década de los cincuenta, y entonces apareció la generación que crece y se forma en México. Son los egresados de las escuelas que fundaron los primeros exiliados, el Luis Vives, el Madrid y la Academia Hispano-Mexicana, los que vienen a engrosar las filas de científicos mexicanos que se forman en la UNAM y el IPN.

Más que hacer una lista de los cerca de un centenar de ingenieros, médicos, y químicos, principalmente, lo que por cierto ha sido publicado por algunos estudiosos, es necesario destacar en esta ocasión algunos puntos:

Los científicos que nos fortalecieron con su presencia e integración, lo hicieron de manera responsable, honesta y generosa.

Colaboraron de manera dedicada, cotidiana y entregada a la educación de muchas generaciones y a iniciar grupos de investigación que sirvieran como ejemplo a las generaciones siguientes. Las facultades de medicina y de química lo atestiguan con múltiples

ejemplos; igual pueden confirmarlo los institutos de fisiología celular, de investigaciones biomédicas y de química, entre otros.

Le dieron al país, a nuestra sociedad, su vida y las vidas de sus hijos. Parecieran haberse puesto de acuerdo en su mayoría en que habrían de formar jóvenes trabajadores y críticos; la Facultad de Ciencias es un ejemplo claro, que se pone de manifiesto en su tradición de participación en las discusiones sobre los temas relevantes de nuestra Universidad; a veces en forma vehemente y que en ocasiones se juzga excesiva, los estudiantes de ciencias son parte de la conciencia colectiva de la academia y la nación.

Entre los egresados de la UNAM, en las áreas de las ciencias naturales, se encuentran los más distinguidos científicos del país. Todos han sido tocados, aunque sea indirectamente, por el exilio español. Ocurrió cuando al final de los años sesenta los estudiantes tomaron las calles; ocurrió cuando las asambleas llamaron a tomar conciencia para ver lo que realmente era el país; ocurrió, y sigue sucediendo, cada vez que asumimos la responsabilidad de corresponder, con un profundo e indeleble compromiso social, al privilegio de recibir del Estado una instrucción pública y laica de excelencia.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS